

LA REFORMA AGRARIA QUE VIENE DE ALEMANIA

na en pequeñas parcelas. Los más fuertes consiguen comprar a los más débiles. Después de más de cuatro siglos de dura sumisión señorial, Deifontes consigue comprar su propio pueblo, pero de tal manera, con una estructura minifundista tan acentuada, que de sus 2.356 habitantes, mil de ellos van a la vendimia francesa y el censo total de los trabajadores agrícolas sufre paro en los meses que están fuera de las vendimias y de la recolección de la aceituna.

Otro tanto ha ocurrido con Dehesas Viejas y Campotéjar, antiguas propiedades de don Pedro de Granada y más tarde del marqués de Burazzo de Palavicini. La tierra y las casas del pueblo son ya de los vecinos.

Moreda, toda ella de un marqués

Las costumbres en las formas de arrendamientos y en la sumisión de los vecinos a los propietarios de estas poblaciones son interesantes desde un punto de vista sociológico. En uno, por ejemplo, a los pobres que acudían a los funerales por el alma de algún familiar de la condesa se le entregaba un pan; en el cumpleaños de la condesa se daba garbanzos tostados a los niños de las escuelas. La renta de las casas se pagaba en gallinas. Todavía, esta renta, simbólica, se mantiene en algunos pueblos, como en Olivares, del término municipal de Moclin.

Aunque la mayor parte de los latifundios de estos 22 pueblos de los Montes Orientales han desaparecido, unos comprados por los emigrantes en estos años, otros adquiridos por Colonización, queda todavía un pueblo, Moreda, que es íntegro del marqués de la Motilla, con residencia en Sevilla.

Moreda, punto estratégico de comunicaciones por ferrocarril, tiene 1.436 habitantes. Los aparceros del señor marqués no pueden hacer mejoras en la tierra, como sería la de plantar árboles frutales, ni tampoco tener ganado propio que pascen en la finca. El marqués permite tener a cada vecino una cabra. Las cabras de todos los vecinos, juntas, forman la dula del pueblo, que sí puede pastar por las tierras del término. El marqués se reserva los pastos para su ganado. Ante esta perspectiva, los habitantes de Moreda emigran, pero no pueden comprar la tierra del marqués, porque éste, según el testa-

mento de la herencia, no puede vender.

—Yo me he tirado ocho años en Francia, casi seguidos —me dice un hombre en el bar del pueblo, en Moreda.

—¿Y ahora?

—Voy de temporero a la vendimia francesa desde hace otros cinco años. Cuando acabo con la uva, me engancha con la familia en la aceituna de Jaén.

—¿Qué hace ahora en el pueblo?

—Nada, parado, con los ahorros.

—¿Ha ahorrado mucho durante todo este tiempo?

—Nada, para arreglar mi casa y pagar cuatro enfermedades que hemos tenido en la familia.

—¿Y piensa seguir así?

—Al fin y al cabo, este es el pueblo de uno y le tiene apego.

Especulan con el emigrante

Los hay temporeros y emigrantes que no logran juntar dos pesetas porque el gasto diario de la familia, las enfermedades y los imprevistos del trabajador se los llevan. Otros, de los que logran puestos más sólidos en el extranjero, o de los que consiguen trabajar el marido y la mujer porque han dejado al niño con la abuela, se hacen de buenos ahorros.

Pero el emigrante no suele estar preparado para invertir su dinero. Su deseo, porque salió del pueblo porque no le rentaba recogerle tantas aceitunas al marqués, es comprar tierra, convertirse en propietario. El terrateniente sabe que su antiguo jornalero viene con dinero, dispuesto a pagarle la tierra a cualquier precio. De esta forma, una hectárea de tierra de secano, por ejemplo, cuyo precio normal oscila entre las 50.000 y las 80.000 pesetas, sube hasta las 150.000 y las 200.000. Los precios los impone el propietario fuerte. El emigrante compra, aunque después, y ya como pequeño propietario, tenga que dejar la emigración fija para emprender otra aún más dolorosa, la de temporada hacia el extranjero o hacia cualquier punto de España donde hagan falta trabajadores andaluces. Todo esto ocurre porque los hombres que trabajan la tierra, como suele decirse, quieren poseer la tierra y porque a falta de una adecuada reforma agraria, ésta la hacen los trabajadores desde Alemania, con el sudor de sus ahorros y con los precios que marca el señor conde. ■ A. R. E. Fotos del autor.

Cádiz

EL CARNAVAL DESPUES DE PACO ALBA

Ha muerto en Cádiz el comparsista Paco Alba (Francisco Alba Medina), el más destacado de los músicos y poetas del Carnaval desde que las tradiciones populares de la Tacita, prohibidas a raíz de la guerra civil, fueran primero más o menos consentidas por el gobernador civil Rodríguez de Valcárcel y posteriormente autorizadas tras ser municipalmente manipuladas a través del montaje biempensante que supuso el invento de las "Fiestas Típicas Gaditanas", expresión de las represiones del Régimen.

Paco Alba es el folklore gaditano lo que Antonio Mairena al cante: el gran recopilador, el dignificador, el codificador, el canonista. Rota la tradición política y satírica de las murgas, Paco Alba construyó de la nada y nadando entre las aguas oficialistas toda una teoría de expresión gaditana. Poeta popular de inspiración afortunada, Paco Alba hizo líricas las chirigotas, que de siempre habían sido épicas. Suplió la censura con poesía, con su barquito del puerto, con la luna sobre la caleta, con las aguas plateadas y azules. Más no se podía cantar en un Carnaval manipulado que había sido trasladado de fecha, arrebatado al pueblo y ofrendado en homenaje de la burguesía local a la reina de las Fiestas Típicas, que indefectiblemente era la hija de un ministro o de un personaje azul.

Con todo, Paco Alba era tremendamente popular y conectaba con la clase trabajadora gaditana en el Astillero, de donde era empleado. En la hora de su muerte, todos insisten sobre su veta lírica, en el Paco Alba de los cuplés complacientes (al Real Madrid, al alcalde, sobre Gibraltar, sobre los insultos a Cádiz y a los gaditanos en la prensa, etcétera), y casi nadie se acuerda de un Paco Alba estrictamente carnavalesco, el de los popurrís y sobre todo el de los cuplés. El Paco Alba satírico y verdedón, que enlazaba casi sin él querirlo con lo que era el Carnaval antes de 1936, como en el cuplé de "Los sarracenos", de cuando un buitre se posó en la plaza de España sobre el monumento a las Cortes de Cádiz:

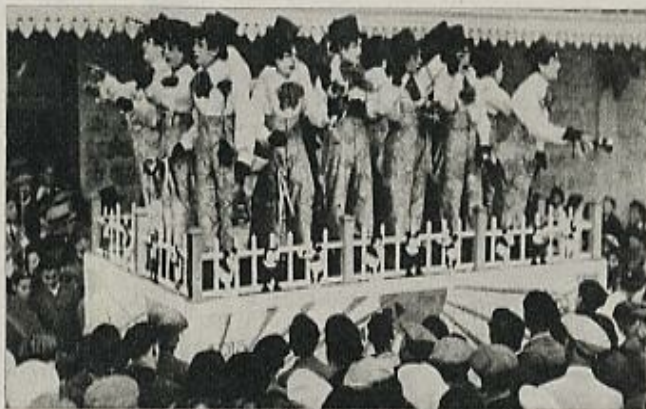
El buitre que vino a Cádiz al monumento seguramente lo trajo una racha viento.

La primera en divisarlo fue una marmota que se puso a pegar gritos como una loca.

Hay que ver los saltos que pegaba cuando vio aquel animal,

y es que la pobre marmota, que era de Ubrique, no sé qué le recordaba el pescuezo del buitre.

En la obra de Paco Alba hay muchos síntomas del gran poeta popular que fue anulado por una concepción oficial y municipalizada de las Fiestas: su comparsa "Los Vendedores de Marisco" fue descalificada por interpretar una letra censurada. Pero sus grandes éxitos fueron "Los Julianes", "Los sarracenos", "Los corrusquillos", "Los figaros", "Los beduinos" finalmente, cuando Villegas había convertido a la chirigota (con el "boom" de Los Beatles de Cádiz) en una atracción de cabaret. Su aportación fue crear una forma de agrupación folklórica adecuada a las circunstancias: la comparsa. El Carnaval de Cádiz, antes de Paco Alba, tenía sólo coros y chirigotas. El coro, que iba en un carro por las calles de febrero, ha desaparecido prácticamente; quedaba la chirigota. Pero para los oídos municipales y burgueses era demasiado popular. Paco Alba la dulcificó, la despopularizó, buscando, como ha escrito en estos días Bartolomé Llompert, "los temas finos y certeramente tratados, sin un mal gesto ni una prociadad inotable". Y la chirigota era, precisamente, el mal gesto aplicado en defensa de los intereses del pueblo y la prociadad como forma de buscar la alegría desde la miseria. ■ ANTONIO BURGOS.



Coro de Los Pampils, que salió por el año 1935.